

## EL AMOR SIEMPRE DA VIDA

Con esta frase de la *Exhortación Apostólica Postsinodal Amoris Laetitia* (del 19 de marzo de 2016), el Papa Francisco inicia el capítulo quinto sobre el Amor que se vuelve fecundo. Y llega muy bien esta expresión del Papa, cuando estamos prontos a celebrar la fiesta de la Anunciación del Ángel Gabriel a María Santísima, donde no sólo recordamos la Encarnación del Hijo de Dios, sino también cuando vemos que en muchas partes del mundo se celebra el Día del Niño por Nacer.

Este día es una oportunidad para reflexionar en el valor de la vida, de la manera como ella se gesta en la familia humana y, sobre todo, en la forma como se asume y se desarrolla en la sociedad, que debería ser siempre defensora y promotora de una cultura que anuncie el Evangelio de la Vida, como amor de Dios al hombre y como recuerdo del mensaje mismo de Cristo que vino al mundo, “para que tengan vida y la tengan en abundancia” (Cf. Jn. 16,21).

Sin embargo, aunque siempre ha sido éste el mensaje de la Iglesia, con asombro vemos y somos testigos de una sociedad que se destruye entre sí por sus acciones egoístas y llenas de gran avaricia, donde el lema pareciera fuera este: *Sálvese el que pueda!*

Es el grito ahogado de una cultura de muerte que ronda esta sociedad y que ha debilitado tanto la vida como la misma dignidad de la persona humana. El Concilio Vaticano II al respecto dice lo siguiente: *“El Hijo de Dios, con su encarnación, se ha unido, en cierto modo, con todo hombre”* (G.et S. 22) y este acontecimiento salvífico revela no sólo el amor infinito de Dios que tanto amó a la humanidad, sino también el valor que le da a cada persona humana. Por tanto, la vida es sagrada! *“Todo lo que se opone a la vida, como los homicidios de cualquier género, los genocidios, el aborto, la eutanasia y el mismo suicidio voluntario; todo lo que viola la integridad de la persona humana, como las mutilaciones, las torturas corporales y mentales, incluso los intentos de coacción psicológica; todo lo que ofende a la dignidad humana, como las condiciones infrahumanas de vida, los encarcelamientos arbitrarios, las deportaciones, la esclavitud, la prostitución, la trata de blancas y de jóvenes; también las condiciones ignominiosas de trabajo en las que los obreros son tratados como meros instrumentos de lucro, no como personas libres y responsables; todas estas cosas y otras semejantes son ciertamente oprobios que, al corromper la civilización humana, deshonran más a quienes los practican que a quienes padecen la injusticia y son totalmente contrarios al honor debido al Creador”* (Cfr. G.et S. 27).

Con razón San Juan Pablo II solía decir: ***“El hombre, que no es dueño de la vida, tampoco lo es de la muerte; en su vida, como en su muerte, debe confiarse totalmente al “agrado del Altísimo”, a su designio de Amor”*** (Cfr. *Evangelium Vitae*, 46).

Sin embargo, y en medio de todas estas situaciones que denuncia el Concilio Vaticano II y que siguen siendo muy vigentes en la actualidad, debemos decir que la frase del Papa Francisco: **El Amor siempre da Vida**, recobra en estos momentos una fuerza enorme y nos debe llenar de mucha esperanza.

La familia adquiere aquí un papel protagónico. Sin temor a equivocarnos debemos afirmar que fue ésta, la institución familiar, la manera como Dios se soñó la humanidad. Está dentro de su proyecto salvífico que, incluso, se escogió una familia para su propio Hijo y así rescatarnos de estas situaciones que tanto nos dividen y nos hacen indiferentes y egoístas. *“Ninguna familia puede ser fecunda si se concibe como demasiado diferente o “separada”. Para evitar este riesgo, recordemos que la familia de Jesús, llena de gracia y sabiduría, no era vista como una familia “rara”, como un hogar extraño y alejado del pueblo”* (Cfr. A.L. 182). Puede suceder, como lo advierte el Papa Francisco, *“que algunas familias cristianas, por el lenguaje que usan, por el modo de decir las cosas, por el estilo de su trato, por la repetición constante de dos o tres temas, son vistas como lejanas, como separadas de la sociedad y hasta sus propios parientes se sienten despreciados o juzgados por ellas”* (Idem).

Una pareja de esposos que, mediante su opción fundamental por Cristo han consagrado su amor en el sacramento del matrimonio, saben y experimentan que este amor *“está llamado a sanar las heridas de los abandonados, a instaurar la cultura del encuentro, a luchar por la justicia. Dios ha confiado a la familia el proyecto de hacer “doméstico” el mundo, para que todos lleguen a sentir a cada ser humano como un hermano”* (Cfr. A.L. 183). El llamado del Papa, es que las familias sean abiertas y solidarias, portadoras de vida y esperanza, que no se encierran en sí mismas, sino que se integran con otras, tejiendo así las relaciones humanas.

Entendidas así las familias y asumiendo ellas el compromiso con la experiencia que los une, como lo es el Amor, van a brillar en esta sociedad con una luz nueva llena de vida que le aporta con su testimonio, sus palabras, su misma fe la belleza del Evangelio y del estilo de vida que se nos propone.

*“Así, los matrimonios cristianos pintan el gris del espacio público llenándolo del color de la fraternidad, de la sensibilidad social, de la defensa de los frágiles, de la fe luminosa, de la esperanza activa. Su fecundidad se amplía y se traduce en miles de maneras de hacer presente el Amor de Dios en la Sociedad”* (Cfr. A. L. 184).

Por eso debemos decir siempre que **EL AMOR SIEMPRE DA VIDA!**

P. Jorge Enrique García Gómez